

La escritura y la vida. Reflexiones desbordadas sobre el taller de escritura creativa de UTOPIÍA

Facundo Nazareno Saxe*

¿Cómo hablar del taller de escritura creativa de Utopía? Tarea compleja y más cuando hablamos de estar desbordados. Yo soy un desborde en general. La situación es la siguiente: el año pasado fue mi primer año como ayudante diplomado en una cátedra en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, justamente en la cátedra en la que venía trabajando hacía unos años, Literatura Alemana. Después del primer cuatrimestre una de las chicas que milita en esta agrupación, Ana Julia, se me acercó y me tiró una propuesta sobre un taller de escritura. ¿Por qué me lo dijo? Quién sabe. Supongo que porque una de las problemáticas que me interesa de la carrera de Letras es la escritura. Y como en muchas situaciones y contextos encontramos que la escritura (no monográfica, o sea, escribir pero no sólo monografías y ponencias), es una de las carencias de nuestra carrera. Yo lo dije desde el primer día. Y es una práctica que sostengo en todas las clases que he dado en diferentes niveles educativos. La escritura, la práctica de la escritura en todos sus niveles nos hace bien. Sí, me falta decir que la escritura es un acto de amor y voy a sonar cursi y romántico. Bueno, la escritura puede ser un acto de amor y libertad. Me fui de tema, vuelvo al taller y ya retomaré lo romántico de la escritura. Como propuesta en los trabajos prácticos de alemana trabajamos la escritura desde la libertad. De cada texto literario leído había que escribir una opinión (y eso se logra gracias justamente a la libertad con la que trabajamos en la cátedra). Una carilla con lo que te generaba el texto al nivel más personal, subjetivo y libre. Los resultados a mí me encantaron. Soy de mirar siempre las cosas muy positivas. Como sea, esa práctica de escritura constante y sin reglas complicó a más de uno. Supongo que algo de eso que le debe haber interesado a Ana Julia para proponerme junto con Gisela Campanaro (una estudiante avanzada del profesorado en Letras que yo conocía de vista de cuando había cursado Literatura Alemana pero yo no era ayudante), coordinar un espacio de escritura literaria. Por supuesto que le dije que sí. La escritura literaria siempre me interesó. Voy a decir algo que no es

* Facundo Nazareno Saxe es profesor en letras, ayudante diplomado de la cátedra de Literatura Alemana de al carrera de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Ha publicado artículos académicos sobre estudios queer, literatura alemana y literatura comparada, actualmente está realizando el Doctorado en Letras en la UNLP y es becario del CONICET.

políticamente correcto para un docente de letras: yo escribo. Y mucho. Y sí, no publiqué libros ni soy Borges (y no es que quiera serlo), pero me considero escritor. O más bien creador. Y lo digo, mucho y en todas partes. Como sea, soy docente, sí, pero antes que docente soy un ser humano. Y como tal me apasiona la escritura. Y me gusta escribir. Lo disfruto. Y sí, soy escritor. Creo que aunque no se diga mucho en letras, casi todos escribimos, para nosotros mismos o para que nos lean, pero escribimos. Claro, todos sabemos que nuestra carrera se encarga de frustrar en muchos casos los deseos de escribir literatura. No es una carrera para escritores. Eso todos lo sabemos y lo hemos escuchado. Pero, ¿existe una carrera de escritores? Cuando entré en Letras me gustaba escribir mucho más que leer. Descubrí el gusto por la lectura y la carrera me gustó mucho. Pero no dejé de escribir porque me dijeran que no era el lugar para escribir. Logré separar en mi cabeza lo que era el Facundo docente del Facundo escritor. Y algún día se juntaron y se dedicaron a dar clases raras. Y con el tiempo me di cuenta que somos muchísimos en letras los que escribimos. Pero el pudor a decirlo es muy grande. Escribir es parte de mi vida y mi construcción como ser humano y docente. Es un espacio tremendamente importante en mi vida. Y creo que escribir en nuestra carrera es un espacio descuidado. No seremos Borges, pero repito, ¿quién quiere ser Borges? ¿Cómo puede ser que una carrera que tiene como objeto principal la lengua y la literatura descuide la escritura de textos no académicos? (o sea, monografías, ponencias, etc.). No creo que la escritura sea la solución a los problemas de la humanidad. Pero la escritura, y una gran parte de los docentes y alumnos de la carrera escribimos, es una parte muy importante para nuestra formación. En lo personal yo logré superar ese pudor y me dediqué a escribir. No puedo dejar de escribir. Escribo todo el tiempo. Es parte de mí. Y encontré en el escribir espacios no formales que me han servido mucho. Con toda esta parafernalia dando vueltas en las clases Ana Julia me propuso coordinar con Gisela el taller de escritura. Bueno, ni hablar de que logramos una química muy interesante para promover la escritura. Desde el principio nos propusimos no ser docentes de nada. Sólo somos dos locos que creen en la libertad y en la práctica de escritura. En todo caso, nos presentamos como dos personas que iban a coordinar una experiencia colectiva y nunca podríamos indicar cómo está bien o mal escribir. Escribir está bien y listo.

¿Cómo fue la dinámica del taller? el taller empezó en el año 2009 y sigue en la actualidad. Es un espacio organizado junto a los chicos de Utopía, que va más allá de nosotros, de que hay dos locos que dicen lo que se les viene a la cabeza frente a otro grupo de locos que están ahí porque tienen el deseo y las ganas de escribir y jugar con la escritura. El taller es principalmente jugar, jugar desde los chistes que hacemos entre nosotros (con Gise logramos un diálogo constante que nos divierte bastante y creemos divierte al resto, o al menos no los aburre). Proponemos un disparador-consigna que nos hace recorrer lugares poco frecuentados por la escritura

personal de cada uno: lo grotesco, el policial, la parodia, el juego con los géneros, con los registros, con la actualidad y la realidad cotidiana de cada uno, con la política. Y por supuesto, nosotros escribimos también. Desde el primer día. Porque eso es parte del juego. No somos docentes de nada, estamos ahí para escribir y reír y compartir la escritura como placer con los que quieren ir al taller. Y somos personas, tenemos ideas, líneas políticas e ideológicas e individualidades personales. Y no las ocultamos. El taller, la escritura, también tiene que ver con quienes somos, con lo que hacemos, con las luchas personales y colectivas de cada uno y en nuestro reír y jugar está presente. No ocultamos nuestras biografías (Gisela escribió poemas al helado y yo quiero que me regalen flores) ni pretendemos establecer una jerarquía ni una distancia con un igual a nosotros que comparte el deseo de escribir. Por eso la dinámica es proponer un disparador, escribir, y después leer. Y aplaudir. Y comentar entre todos. La única jerarquía que hay es que tenemos el pizarrón o el marcador y hacemos dibujos desquiciados (dicen por ahí que uno de los coordinadores dibuja edificios incendiándose este año, pero es porque siempre dice "los edificios se destruyen por dentro"). La lectura colectiva de cada una de las producciones nos fue haciendo crecer a todos, desde la escritura misma hasta la lectura, al principio tímida, y cada vez más jugada de todos los que estábamos ahí. ¿Y qué nos pasó con el taller? Primero, antes que nada, nos hizo conocer a personas maravillosas, muchos se han convertido en amigos, y siguen yendo al taller. Y sumamos nuevas personas. Y me hice amigo de Gise. ¿Por qué digo todo esto? porque en mi práctica personal no creo en la distancia, en la figura de autoridad docente, creo que somos seres humanos con sentimientos que nos hacen maravillosos. Y ahí fue donde el taller me maravilló. Y a Gise también. No sólo porque gané una amiga en ella. Sino porque el taller significó un espacio de oxígeno y reflexión para varias personas que día a día fuimos conociendo. Y que nos conocieron poco a poco cada vez más. Ver como personas muy tímidas (en letras somos muy tímidos, ¿o no?) se atrevían de a poco a leer lo que escribían, ganaban confianza y hasta leían en público lo que escribían nos llenó de orgullo y alegría.

En lo personal yo nunca me sentí un buen docente, ni tuve una vocación muy fuerte para ejercer la docencia. Pero dar clases me encanta. Cuando dejé las clases en la escuela media lloré un poco. Me daba lástima dejar a los cursos en los que daba clases. ¿Por qué? porque no puedo evitar generar vínculos. Porque veía la evolución del día a día y porque disfruto profundamente la interacción que se daba en las escuelas con los chicos. Lo reemplacé por la docencia en la facultad, como ayudante de prácticos de Alemana. Y me sentí muy bien. Sin ocultar nada de nada. Un poco loco o un poco superficial o un poco lejano de lo que se puede esperar. Pero me hace bien. Me hace sentir muy pleno. Cuando di clases por primera vez en la facultad sentí que era algo para lo que había estado preparado en algún momento de mi vida. Y la escritura fue parte de eso. Y desde ahí fue mi

aporte al taller de escritura. Y la magia de compartir muchísimos códigos e ideas y propuestas con Gise. Volviendo a la dinámica del taller, ¿cómo funciona? Es sencillo, se piensa una consigna de escritura. Y justamente una de las posibilidades es no respetar la consigna, desarmarla, romperla, volverla asistemática. ¿Qué tipo de consigna? Como venía diciendo una consigna que en muchos casos rompe con los registros habituales en los que podemos escribir cada unos. Se escribe, se lee en voz alta compartiendo con los otros eso que uno creo. Y se opina (repito, se opina, no se destruye, en el taller no hay autoridades ni deseos de sentirse mejor que nadie).

El tipo de consignas con las que trabajamos nos llevó a recorrer espacios inusuales. Desde reír mucho y jugar con consignas que nos divertían a jugar con la tecnología, con un blog colectivo en el que todos subimos cosas que vamos escribiendo en el taller y que sirve de punto de difusión para nuestros propios blogs personales. A escribir desde el grotesco, desde el humor, desde lugares temáticos y formales que cada uno en lo individual no recorría. Esta práctica con otros registros, en lo personal, me sirvió muchísimo. También fue un punto de encuentro para difusión y proyección de las cosas que cada uno hace. Para compartir experiencias entre todos. Para cerrar el año del taller con una reunión de todos. Para coronar el primer cuatrimestre del 2010 con la presentación de la revista Tropos, donde los chicos de Utopía le ofrecieron al taller de escritura creativa un espacio de presentación y difusión de nuestras propuestas y escritos. Desde ya que fue un éxito. Las ganas que pusieron los chicos del taller nos maravillaron. Los chicos armaron el espacio y leyeron sus escritos. Cuando hacía meses apenas se atrevían a decir que escribían y veían como sus ganas de escribir eran censuradas en muchísimos espacios. Por supuesto, Gisela y yo también leímos. Y presentamos el taller. Como hacemos siempre, con un juego dialógico entre los dos que articula humor, deseos de escribir y ganas de transformar el mundo. Nos reímos mucho (es cierto, la presentación la hicimos después de tomar un par de vasos de vino), pero creemos que funcionó. O que el taller se convirtió en algo que los dos compartimos, una experiencia colectiva que juega con la libertad de escribir. De jugar con la escritura y con nosotros mismos.

Y el taller se convirtió en una experiencia no formal que nos marcó a muchos. Yo me incluyo entre ellos. Y será por eso que lo seguimos haciendo y con muchas ganas y energía. Y hay un grupo que sigue yendo pese a las mil tareas y cosas a las que se dedican. Y cada tanto sumamos alguien nuevo que se asusta cuando ve a dos locos incendiando edificios pero después se da cuenta que el taller es sólo una experiencia de libertad. Y de compartir nuestra individualidad. Y de acercar lo que somos a otros que comparten algo muy importante con nosotros: el gusto por escribir. Y no es sólo escribir. Escribir es la imagen de otra cosa. Escribir nos hace crecer a cada uno de

los que está ahí. La hace crecer a Gisela en su práctica docente, en sus ganas de ir contra el mundo, de valorar a los chicos a los que les da clases, a maravillarse ante lo que escriben. Porque escribir no es sólo redactar sin errores de ortografía. Un chico puede escribir en la escuela con mil errores de ortografía. Pero puede escribir maravillosamente. Y el taller nos sirve para articular todo eso.

Todos compartimos, escribimos, opinamos y leemos (los coordinadores incluidos, aunque en muchos casos terminan siendo impresentables). Porque, en parte, el taller terminó tratándose de eso, de demostrar que todas las voces pueden ser legítimas. Que nosotros como sujetos tenemos una voz y una opinión y una mirada. y nuestra voz tiene tanta legitimidad y tanto valor como la de cualquier otra persona (incluidas las autoridades académicas, incluido el canon, incluidos los grandes escritores y un gran etcétera). No creemos en un sistema autoritario. Creemos que todos podemos hablar. Desde la libertad y el amor (sí, ya sé, siempre termino hablando del amor, es que el amor, creo, es el motor para cambiar nuestro mundo, y no sigo porque parezco Bucay). ¿Y qué más se puede decir? Que el taller se trata de compartir, de leer, de escribir, de reír mucho. De comer mucho. Porque tomamos mate y comemos. Y hablamos y discutimos. ¿Funciona la dinámica del taller? Creo que sí. O creemos que sí. O los que se acercan y escriben y comparten una parte muy importante de ellos en cada encuentro, nos hacen creer que sí.

Nunca pensé con mucho detenimiento en la docencia. Pero sí en la escritura. Será por eso que cuando me tuve que plantar frente a un aula decidí usar la escritura como caballito de batalla. Será que eso me terminó haciendo coordinar con Gise el taller. O me hizo escribir casi constantemente en mi vida. "Escribir para vivir", hace unos días escribí eso en mi blog. Es que yo, la verdad, creo en eso. Creo en escribir. En la escritura como acto de amor. Creo en cada martes cuando nos encontramos todos los que hacemos el taller, porque justamente es así, el taller de escritura lo hacemos todos, no es Gisela ni soy yo, son los chicos que se convierten en escritores maravillosos. Que superan a Borges. Sí, superan a Borges. Porque en el taller estamos todos juntos y vivos y libres. Y escribimos desde nuestro compromiso individual y colectivo con lo que somos. Cada uno con sus diferencias y sus semejanzas, pero estamos ahí. Porque no seremos grandes luchadores, pero creemos en la escritura como herramienta para lograr un cambio. Creemos en la escritura, y la escritura literaria, no como un espacio lejano y sacralizado, sino como nuestro espacio. Nos apoderamos del espacio que el canon se encargó de robarnos y lo hacemos nuestro. Somos escritores y podemos ser Kafka, Borges, Silvina Ocampo o nosotros mismos. Si la carrera nos roba las ganas de escribir, nosotros creemos en las ganas de recuperarla y escribir. Escribir para vivir, para sentir, para amar, para enseñar, para cada día intentar que este mundo horrible sea un

poquito mejor. Sí, a veces me vuelvo panfletario. Es que creo en la escritura. En la escritura como herramienta y como sentimiento. Y por eso creo que es una herramienta que los de letras tenemos que recuperar. Y hacer nuestra. Creo que, aunque sea un poquito, en ese sentido, el taller suma, Gisela suma, los chicos suman. Yo estoy ahí, no sé si realmente sumo, pero me pone muy contento escuchar lo que escriben, aplaudirlos, criticarlos y que me escuchen, me critiquen y sepan cosas de mí filtradas por lo literario, por lo que escribo (bueno, no tan filtradas, soy exhibicionista y hago autoficción). Porque el mundo ya está demasiado lleno de distancia para que nosotros, como docentes, nos coloquemos en un pedestal inhumano y frío. La distancia no existe. La distancia la construimos los seres humanos porque tenemos miedo a los sentimientos. Y quizás parezca que ya no estoy hablando de escritura. Pero justamente sí. Porque la escritura es parte de nosotros. Es parte de nuestra especificidad, y es la parte más oculta. En letras, como ya dije, muchos escribimos. Y lo ocultamos, silenciarnos, reprimimos. Yo creo que nuestra escritura ya no tiene que estar en el closet. En el placard. (Sí, me robé la expresión que usamos los gays para asumirnos, pero creo que es interesante plantearla). Creo que en letras la escritura literaria debería salir del closet. Si todos sabemos que casi todos escribimos. ¿Qué tiene de malo?, ¿qué tiene de malo que como docentes, estudiantes, digamos que escribimos cuentos, novelas, poemas, etc?, ¿está muy lejos del canon?, ¿no somos Shakespeare?, ¿cuál es el problema? Escribir nos hace crecer como personas, nos hace libres. Nos hace luchar contra molinos de viento. Cambiar el mundo es una tarea imposible. Pero yo creo en los imposibles. Y creo que escribir, en este caso en particular literatura, pero lo llevo a niveles más amplios, escribir como herramienta de los seres humanos es una herramienta para cambiar el mundo.

El taller es un espacio chiquito, a veces poco pretencioso, otras veces mucho. Pero no hablamos de pretensiones malas ni vanidosas ni nada de eso. Es esa pretensión de creer en las personas. De creer en que haciendo las cosas con ganas y con amor, pese a todas las dificultades, algo bueno se está gestando. Porque, finalmente, en algún lugar, el taller de escritura creativa de Utopía se trata (y eso es el taller y va más allá) de querer cambiar al mundo. De creer que lo imposible, a veces, puede volverse real.